



1896-1981 (30. enero 1998) PUNTO FINAL (Nº 412) 4485717

Literatura PUNTO FINAL

Alberto Romero

Novelista y personaje

Alberto Romero, novelista y precursor del gremialismo de los escritores chilenos, fue autor de "Memorias de un amorado", "Buenos Aires espinoles", "Soliloquio de un hombre extraviado", "Un infante", "La tragedia de Miguel Orcoz", "La vida del consentido", "La novela de un perseguido" (recuerdo de una dictadura), "Un milagro, Toyó", "La mala estrella de Pericho González", "España está un poco mal".

El escritor nació en Santiago el 20 de junio de 1896, y falleció en la capital, el 21 de julio de 1981. Lo visitamos muy poco antes de su fin, habitando de un confortable hogar de ancianos, rodeado de jardines, lúcido y dueño de sí. Fue caudato con una distinguida dama argentina de cuyo país Romero fue un constante admirador.

La maternidad familiar, su educación en un colegio privado, su trabajo en la Caja de Crédito Hipotecario, le dieron a Alberto Romero una presencia de andar acompañado y hablar bondadoso. Al menos así lo conocí allí por el año 1936, cuando publiqué mi primer libro de versos y acudí a la Sociedad de Escritores, ubicada en la calle Compañía, junto al diario "El Mercurio", para entregarle el tomo con esa dedicatoria ritual de todos los poetas que llegan a este mundo, brillan o se eclipsan, conforme al vicisísimo rondón de que podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía. Alberto Romero estaba junto a otros escritores que ya se iban y me impresionó por la palidez de su vestimenta, de firme paso, por su comedido tranquilo y seguro bajo un chambergó que le cubría como un toldo.

No era, como puede advertirse, un bohemio Alberto Romero exaristocráticamente, más lo era sin duda por dentro, porque este hombre de mediana estatura y andar cuidadoso, era un solitario que vagaba por los barrios más populares y que guiado por un impulso de ternura y un confuso anhelo reivindicativo, amaba constatablemente al pueblo, a sus criaturas de vida oprobiosa que ambicionaba mostrar, resparar con el único medio a su alcance: la expresión literaria. Los estándares claustrales de su oficina, la tradición de su ambiente familiar, encontraban su recompensa en los viveros salientes en que habrían de incubarse sus obras mejores.

¿Y qué pensarían los personajes de nuestro pueblo, cuando veían a este caballero vestido de gris, con chambergó y bastón que les miraba tan acuosamente? ¿Era un varón equivocado? ¿Era un detective? Era adlo un escritor, alguien que buscaba la piedra para convertirla en estatuas, que anhelaba afianzarse con la vida a fin de contemplarla en su más apломado y trascendente equilibrio. El propio novelista Alberto Romero nos explicaría las causas de su amor. En entrevista publicada en 1932, afirma: "Mi primer contacto con el

alma popular de mi tierra, data de la época en que hice mi servicio militar. Conoci entonces algunos conscriptos con los cuales conviví estrechamente. Dormí con ellos en una misma casita (dormitorio). Desde entonces he conservado gran cariño por las gentes humildes, por los habitantes del suburbio. Observo atentamente sus tipos, sus costumbres, me interesan sus pasiones y todo esto pecareo reproducirlo con fidelidad en lo que escribo".

Honrada costumbre, ideario propio de un escritor que pocos prosistas y poetas dejarían de compartir. No pensaba de otra manera el incomprendido y apasionado Carlos Pezo Véliz, cuando escribió su "Diario" en la calle Menca de los Nidos, aludido a la Plaza Almagro, y anotaba sus declaraciones de amor a la inalcanzable soprano Sofía del Campo quien, en problema, nunca supo de su existencia.

Alberto Romero amosstraba estas inquietudes que le coartaban con sus monótonas tareas de servidor de una institución burocrática, con horario fijo y peste que estaba siempre mirándole. Después, en sus horas libres, ido ya el sol, vagaba por las calles. Algunos amigos le sorprendían por la Plaza de Armas, como si regresara o partiera de una expedición muy peligrosa. Las sombras habían caído y entre los portales y los bancos del arcocho paseo, se vagaban horizontes sorpresivos. El escritor no vagaba sin dirección como los vulgares hedonistas de tacones derrochados; además de escribir libre de la rutina, quería utilizar un mundo de aprensión insalubre cuyos personajes no sean sus lectores. Era preciso entonces establecer una disciplina personal, a costa del reparciamiento y del sueño, que además de consumir con el fuego de las ideas, acabaría con la juventud y con las reservas naturales de la vida.

No obstante, quedaba tiempo y energía para dedicarse a la actividad gremial (por algo Romero alcanzó la senectud), a la Sociedad de Escritores, a la Alianza de Intelectuales que fundara el poeta Pablo Neruda, pensando más en los pueblos que en los libros. España estaba en guerra civil; Federico García Lorca había sido asesinado y los poetas y escritores de Chile olvidaban sus sueños y el rugor de las metáforas, para entregarse a una lucha social que les sustentaba como la propia aspiración. Una prueba de esta limitación cultural, de este decoro que viene de la entraña del pueblo, se la dio en año español a Romero en Valencia donde los escritores antifascistas del mundo se reunieron en las horas más somnolivas de la guerra civil, diciéndole: "España está un poco mal", título de uno de sus libros.

Ediciones LOM ha reeditado en estos días, dieciséis años después de su muerte, "La mala estrella de Pericho González" de Alberto Romero. Es un reconocimiento

merecido para quien no fue suficientemente valorado en vida y estaba injustamente olvidado. Pero el destino libertario es así. Se trata, a nuestro juicio, de una novela vigorosa, a la española, con la fuerza narrativa de un Vicente Blanco Ibáñez o entre los escritores chilenos, a la altura de las mejores páginas de Joaquín Edwards Bello. El novelista busca el bajo fondo del arrabal santiaguino, la vecindad del Matadero Municipal, el escondite de los poetas. El amor contrastable de Romero a la ciudad ilumina las páginas de esta novela, siempre dictadas por el amor, por la ternura hacia los seres humanos que viven hacinados inhumanamente. Quienes busquen la expresión literaria de la calle santiaguina, del hampa, del Matadero Municipal, sino bábaro a pesar de sus reglamentaciones, de la prosaista de lance, buscosa o "poisadora", no podrán prescindir de esta obra de Alberto Romero, aquella que reposa mejor su propio perfil.

"Unas estrellas grandotas - escribe el novelista en una de sus páginas iniciales- unas estrellas oscuras resplandecen encima del suburbio; se reflejan en la superficie turbia de los charcos, arrancan vislumbres de pedrería a los troncos de lata esparcidos en medio de la calleja que huele a carbón de piedra, a estéril y a huesos quemados".

Captamos un naturalismo poético, cierta emoción coartada, el ánimo de un escritor que busca la belleza desde ángulos sorpresivos, dispuestos a imponerla, a lograr su trascendencia.

A propósito del cariño de Alberto Romero por la República Argentina - patria de su esposa- stamos permitido recordar la creencia que hace el escritor chileno a la gran poetisa argentina Alfonsina Storni, llevándola a un tema por donde sugerente: el amor. Pregunta Romero: "¿Tiene usted novio, Alfonsina?" Y la poetisa en su plenitud responde: "Novio, dice?... Creo que si tuve un novio, pero mejor sería llamarle amor a esa pasión que nunca llegó a personificarse dentro de los tres hombres". Hasta aquí la sugestiva respuesta.

Nosotros vimos de cerca a Alfonsina, en Santiago de Chile, allí por el año 1938, el año de su muerte, cuando salía del Conito Central en compañía de Raúl Silva Centeno. No era una mujer agraciada para nuestros cánones que vienen de los artificios de Hollywood; pero era una osomorada del amor, por encima de la necesaria contrapunte. Curiosamente, cuando la poetisa busca la entraña del sue, acudada por una enfermedad incurable, deja un soneto clave que merece ser transcrito y que reza así:



Dioses de flores, copia de rocío, manos de hierbas, sí, nodriza fina, se me prestan las albanas terrosas y el estrádo de magos escarlatos. Voy a dormir, nodriza mía, acóntame. Ponme una lámpara a la cabecera: una consuelación: la que se gaste, todas son buenas; bájala un poquito. Déjame sola: pier romper las brotes... se acaba un pie colante desde arriba y un peljuro se trata uno composit para que olvide... Gracias. ¡Ah, un escargol Si él llama nuevamente por teléfono le dices que no intente, que he zaido..."

Este poema estuvo precedido intulado "Voy a dormir", figura en el tomo "Mujer y Cultura en el Mundo Hispánico", Madrid, Los Angeles, California, 1989, de David Valjalo y es, en verdad, un hallazgo. A ese acierto contribuyó, según pudimos comprobarlo, el poeta chileno, profundo conocedor de la poesía de nuestra lengua, Antonio Campaño; pero la insistencia de la entrevista postumo a Alberto Romero ●

LUIS MERINO REYES

Novelista y personaje [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Novelista y personaje [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile